

LAS GRANDES ENCRUCIJADAS DE LA HISTORIA

Luis Suárez Fernández

Se cumplen ahora los primeros cincuenta años de existencia del Opus Dei, fundado por Mons. Escrivá de Balaguer el 2 de octubre de 1928. En estos días la conmemoración del Aniversario de la Fundación del Opus Dei se ve cubierta de dolor por el inesperado fallecimiento del Santo Padre al que todos los socios de la Obra veneraban y querían con todo su corazón, siguiendo el ejemplo de Monseñor Escrivá de Balaguer, que ofreció su vida —y mil vidas si tuviera añadía habitualmente— por la Iglesia Santa y por el Papa.

D. Alvaro del Portillo, actual Presidente General del Opus Dei, ha recordado este ejemplo del Fundador a todos los socios, pidiéndoles que en este Aniversario sea mayor aún su petición por el próximo Papa, al que ya se quiere en el Opus Dei con toda el alma, sea quien sea.

Los historiadores sabemos muy bien que medio siglo en la vida de una asociación de carácter exclusivamente espiritual es todavía poco tiempo para evaluar su influjo en la historia de la Iglesia y de la humanidad. En el caso del Opus Dei llama, sin embargo, la atención, que haya arraigado en personas de los cinco continentes, con más de setenta mil socios de ochenta países —y millones de personas— que se esfuerzan

por llevar a la práctica la doctrina encarnada y enseñada por el Fundador de la Obra.

Son personas de todas las condiciones sociales, hombres y mujeres, casados o solteros, seculares o sacerdotes, jóvenes o viejos, que se esfuerzan por encontrar a Dios en la vida corriente y en el trabajo ordinario. Queda ya lejos la idea de que la santidad es algo para privilegiados, para unos pocos que consiguen apartarse de la vida civil. En estos cincuenta años de historia del Opus Dei, el mundo entero ha recibido el mensaje espiritual de que *el Señor ha abierto los caminos divinos de la tierra* (*Amigos de Dios*, n.º 314).

El Patriarca de Venecia, luego Papa Juan Pablo I, afirmaba que «cosas similares había enseñado trescientos años antes San Francisco de Sales (...) Escrivá de Balaguer, sin embargo, le supera en muchos aspectos. También San Francisco de Sales propugna la santidad para todos, pero parece enseñar sólo una 'espiritualidad para los laicos', mientras que Mons. Escrivá quiere una 'espiritualidad laical'. Francisco sugiere casi siempre a los laicos los mismos medios practicados por los religiosos con las adaptaciones oportunas. Escrivá de Balaguer es más radical: habla incluso de 'materializar' —en el buen sentido— la santificación. Para él, es el mismo trabajo material el que debe transformarse en oración y santidad».

Nos encontramos, por eso, en una gran encrucijada histórica. Son cada vez más los cristianos que se esfuerzan por *vivir santamente la vida ordinaria*, con honradez humana y con sentido sobrenatural; son cada vez más los que dicen, con su conducta, que no tiene sentido dividir a los hombres según la categoría de su profesión. *El trabajo, todo trabajo, es testimonio de la dignidad del hombre, de su dominio sobre la creación. Es ocasión de desarrollo de la propia personalidad. Es vínculo de unión con los demás seres, fuente de recursos para sostener a la propia familia; medio de contribuir a la mejora de la sociedad, en la que se*

vive, y al progreso de toda la Humanidad (*Es Cristo que pasa*, n.º 47).

Pero aún hay más: El Fundador del Opus Dei enseña a los cristianos a realizar su tarea con una perspectiva más amplia, al mostrar el trabajo como *participación en la obra creadora de Dios: el trabajo se nos presenta como realidad redimida y redentora: no sólo es el ámbito en el que el hombre vive, sino medio y camino de santidad, realidad santificable y santificadora* (*Es Cristo que pasa*, n.º 47).

Este compromiso de santificar las nobles ocupaciones terrenas se desconocía hace cincuenta años, incluso era calificado por algunos como «herejía». *Cuando en 1928 vi lo que el Señor quería de mí —cuenta Monseñor Escrivá de Balaguer—, inmediatamente comencé la labor. En aquellos años —¡gracias, a Dios mío, porque hubo mucho que sufrir y mucho que amar!—, me tomaron por loco; otros, en un alarde de comprensión, me llamaban soñador, pero soñador de sueños imposibles. A pesar de los pesares y de mi propia miseria, continué sin desanimarme; como aquello no era mío, se fue abriendo camino en medio de las dificultades, y hoy es una realidad extendida por la tierra entera, de polo a polo, que parece tan natural a la mayoría porque el Señor se ha encargado de que se reconociera como cosa suya* (*Amigos de Dios*, n.º 59).

También la llamada de Dios a los hombres llega a las sociedades, a los pueblos, a través de las personas que los integran. Porque la Historia no está sometida a fuerzas ciegas ni es el resultado del acaso, sino *la manifestación de la misericordia de Dios*. El punto de partida para entender cabalmente el suceder histórico está en el convencimiento de que Dios interviene con su providencia en la vida de los hombres. La inteligencia humana, rectamente empleada, ha descubierto repetidas veces esta verdad, que la Fe proporciona gratuitamente a todos los hombres. Sólo se niega cuando el pecado ofusca a la razón. Pero entonces no se logra, en modo alguno, descubrir sustitutos. No existen. El

señorío de Dios sobre la Historia no es una hipótesis, ni una opinión, es una realidad. *Nuestra fe nos enseña que la creación entera, el movimiento de la tierra y el de los astros, las acciones rectas de las criaturas y cuanto hay de positivo en el sucederse de la historia, todo, en una palabra, ha venido de Dios y a Dios se ordena (Es Cristo que pasa, n.º 130).*

La Fe es el principio sobrenatural de la vida cristiana que exige una respuesta voluntaria y libre, la respuesta más decisiva que Dios espera de los hombres. No se opone al conocimiento científico, es más, lo potencia: *Si el mundo ha salido de las manos de Dios, si El ha creado al hombre a su imagen y semejanza y le ha dado una chispa de su luz, el trabajo de la inteligencia debe —aunque sea con un duro trabajo— desentrañar el sentido divino que ya naturalmente tienen todas cosas (...) No podemos admitir el miedo a la ciencia, porque cualquier labor, si es verdaderamente científica, tiende a la verdad. Y Cristo dijo: Ego sum veritas (Mt V, 16). Yo soy la verdad (Es Cristo que pasa, n.º 10).*

La Fe empuja precisamente a muchos cristianos, a no desentenderse de los quehaceres temporales sino, por el contrario, a participar en la medida de sus fuerzas, a través de su trabajo, a tomar parte activa, junto con los demás hombres, en la resolución de los problemas de la historia. *Porque en esa historia, que se inició con la creación del mundo y que terminará con la consumación de los siglos, el cristiano no es un apátrida. Es un ciudadano de la ciudad de los hombres, con el alma llena del deseo de Dios, cuyo amor empieza a entrever ya en esta etapa temporal, y en el que reconoce el fin al que estamos llamados todos los que vivimos en la tierra (Es Cristo que pasa, n.º 99).*

El Fundador del Opus Dei concibió siempre su labor de sacerdote como una tarea que situaba a cada persona ante lo que Dios le pedía. Ayudaba a las almas a descubrir las exigencias divinas, al mismo tiempo que respetaba delicadamente la libertad individual. *Ese modo de obrar y ese espíritu —escribía— se basan en*

el respeto a la trascendencia de la verdad revelada, y en el amor a la libertad de la humana criatura. Podría añadir que se basa también en la certeza de la indeterminación de la historia, abierta a múltiples posibilidades, que Dios no ha querido cerrar (Es Cristo que pasa, n.º 99).

Es un gran misterio que Dios haya querido dotar a los hombres de esa cualidad inherente que es la libertad. Cabe en ellos una respuesta recta y positiva al orden moral y físico que Dios ha puesto en el universo, pero también cabe un rechazo de ese orden. El suceder histórico no se produce como un ciclo mecánico ni como un progreso ininterrumpido y necesario. La libertad es el factor determinante. En 1969, Mons. Escrivá de Balaguer narra un suceso significativo: *Un día un amigo de buen corazón, pero que no tenía fe, me dijo, mientras señalaba un mapamundi: mire, de norte a sur, y de este a oeste. ¿Qué quieres que mire?, le pregunté. Su respuesta fue: el fracaso de Cristo. Tantos siglos, procurando meter en la vida de los hombres su doctrina, y vea los resultados. Me llené en un primer momento de tristeza (...) Pero esa sensación duró sólo un instante, para dejar paso al amor y al agradecimiento, porque Jesús ha querido hacer a cada hombre cooperador libre de su obra redentora. No ha fracasado: su doctrina y su vida están fecundando continuamente el mundo. La redención, por Él realizada, es suficiente y sobreabundante (Es Cristo que pasa, n.º 129).*

Nunca podremos agotar el misterio profundo de la libertad humana, especialmente cuando se aparta del bien. Pero tampoco comprenderemos del todo el infinito amor de Dios hacia los hombres, que se manifiesta siempre, en todas las épocas de la historia, con llamadas reales, y concretas. En el siglo xx, y en este cincuenta aniversario del Opus Dei —Obra de Dios—, es más que probable que se estén produciendo nuevos requerimientos divinos. *Veo todas las incidencias de la vida —las de cada existencia individual y, de alguna*

manera, las de las grandes encrucijadas de la historia— como otras tantas llamadas que Dios dirige a los hombres, para que se enfrenten con la verdad; y como ocasiones, que se nos ofrecen a los cristianos, para anunciar con nuestras obras y con nuestras palabras ayudados por la gracia, el Espíritu al que pertenecemos (Es Cristo que pasa, n.º 132).

